



Retrato del escritor cubano Guillermo Cabrera Infante en 1987. (Fotografía: Ulf Andersen / Getty Images)

# El insólito fulgor de la añoranza: Guillermo Cabrera Infante

Ramón Castillo

*La memoria es otro laberinto  
en que se entra y a veces no se sale*  
GUILLERMO CABRERA INFANTE

SE SABE DE CIERTO QUE LA LITERATURA ESTÁ HECHA, más que de certezas, de la materia inasible de los recuerdos. En la página se evoca no la realidad, sino una versión alterna de la misma, un reflejo tramposo y jugueteón de lo que fue, de lo que debió haber sido, de lo que nunca habrá de ser. Porque la memoria, como queda subrayado en su árbol genealógico, está emparentada en mayor grado con la inventiva que con la enumeración. Después de todo, Mnemosine es la madre de las musas, ninfas constantes cuya presencia insufla en el género humano el deseo inagotable de crear, de seguir el ritmo de la música y el baile, el canto y la poesía.

De este modo, en la epidermis del papel tiene lugar el subterfugio de la palabra y el despliegue de su maravillosa impostura. En ella se recrean la duración y el movimiento, fingiendo que en el desarrollo de cada frase es secundada la cadencia propia del pasar, mientras se reconoce en todo momento que somos ufanos cómplices de un engaño colorido. Quizá el encanto más elemental —tal vez el más primitivo— de esta debilidad que evoca y convoca no sea otro que escuchar una historia que en su desenvolvimiento nos planta ante un tiempo imposible. No hay mayor alborozo que descubrir que, pese a las advertencias, mirar atrás no nos convierte en estatuas de sal.

Esta cautelosa farsa muestra su poder al otorgar al relato de lo acaecido un propósito que trasciende la fijeza de un hecho y, en su lugar, otorga a cada voz el privilegio de pregonar un orden mejor, más estético, de la vida. Se recuerda para vivir de nuevo, se escribe para enardecer el placer de tal aventura. En este lance lo que se obtiene es hacer de la añoranza menos un trasunto de la melancolía y más una conjugación nueva del regocijo.

Adscrita a tal pulso se inscribe la obra del cubano Guillermo Cabrera Infante, quien ya en su primer libro, *Así en la paz como en la guerra*, hace exclamar a uno de sus personajes su declaración de principios: “Miró sus ojos, su boca, el nacimiento de sus senos, y recordó. Le gustaba recordar. Recordar era lo mejor de todo. A veces creía que no le interesaban las cosas más que para poder recordarlas luego”. De esta manera, ya desde el inicio de su carrera, tiene claro que lo que impulsa su pluma es una suerte de fervor por la reminiscencia, una nerviosa indagación retrospectiva cuya fuerza está sujeta a un erotismo vindicatorio.

Y, en efecto, Cabrera Infante recuerda empecinado y goloso cuanto puede a fin de escribirlo en las numerosas páginas que acumuló a lo largo de los años. Al tiempo que hace delirar al lenguaje mediante retruécanos y aliteraciones, profesa una incesante reconstrucción del pasado, de la ciudad que perdió con el exilio, de los amores pasados y gozados. Ya sean novelas, cuentos, crónicas o ensayos, todos tienen en común la fascinada manía por hacer del viaje en el tiempo uno de sus temas principales.

Fecha en 1977, una entrevista otorgada a Darnubio Torres Fierro consigna el deseo del autor por congregarse con dos de sus muchas aficiones, asegura estar redactando unas “memorias que quiero que sean eróticas, como deben ser todas las memorias”. Dos años después aparecerá *La Habana para un infante difunto*, que en efecto es una revisitación mnemónica y sexosa a la urbe que habitó literariamente hasta sus últimos días. Esta novela se abre con el recuerdo inaugural de la ciudad, el asombro desconocido al subir unas escaleras, cosa que en el pueblo donde antes había vivido era algo inaccesible. Cabrera Infante, además, une a este primer momento la certidumbre de saber que aquel acto es la metáfora de su transición a otra edad: la adolescencia y sus descubrimientos, el despertar feroz del cuerpo. Muestra de ello es la revelación literaria y carnal de

que *El Satiricón* se venía de maravilla —y qué manera tan afortunada de decirlo— con el onanismo.

Aunque Cabrera Infante afirma que este libro se trata de una ficción es, como casi todo su legado, un reflejo de su propia experiencia. Si bien se puede decir que sus libros son su vida, también hay que precisar que su vida no son todos sus libros. Trasladar la realidad a la página es, en tanto ejercicio de traducción, una generosa deslealtad. Algo que este escritor ejecutó con fecunda fortuna. En su ensayo *Cómo escribir sobre un trapecio sin red* afirma que la intención de la novela es “regalar” esta metrópoli al lector, “ciudad recobrada por recordada”.

Sucede esto mismo con *Tres Tristes Tigres*, su *opus magnum*, publicado en 1967, en donde el relato es, al igual que en un matrimonio, a un tiempo fidelidad y traición. El libro es un divertimento, un juego adulto en el que se experimenta con solaz la remembranza, el flirteo y la mentira, el coqueteo de quien agrega encantamientos a fin de encender la hoguera del placer. La desaforada invención verbal que articula cada uno de los capítulos confirma que la escritura es a un tiempo goce para quien se asoma a esas páginas llenas de erotismo y música tanto como para el propio autor —sobre todo para él—, pues el divertimento, a caballo entre la reminiscencia y la inventiva, permite traer de vuelta, con la materialidad que sólo a la literatura le es dada alcanzar, el escenario idóneo donde un mero recuerdo se transfigura en una presencia corpórea, latente, real. Presencia tan suculenta como la humanidad carnosa de Estrella Rodríguez, la cantante negra que encarna “la belleza salvaje de la vida”.

El periplo de Cabrera Infante se inicia y culmina entre dos islas, antípodas en sus visiones y vivencias, climas e ideologías: Cuba e Inglaterra. No obstante, ambas comparten el rasgo excéntrico de su propia singularidad. Desde cada una de ellas, puede tomar distancia para comprender su situación. Pero antes de llegar a

Londres tiene que dar el primer paso de su errancia. Tras el éxito de la Revolución Cubana, comenzó a colaborar con el nuevo orden hasta que sobrevino un decepcionante episodio —la película *P.M.*, grabada por su hermano Sabá, fue confiscada por el régimen y considerada contrarrevolucionaria, pese a sólo mostrar “negros bailando” y, en consecuencia, de paso fue clausurado el suplemento literario *Lunes*, que Guillermo dirigía—, pasaje que lo previno ante un ambiente que se comenzaba a antojar hostil.

Incómodo y desempleado, probó el exilio por la vía diplomática en 1962, cuando fue designado —como premio por su apoyo anterior o castigo por las recientes diferencias— *attaché* cultural en la embajada de Bélgica. Pasará tres años en el exterior, saboreando el primer bocado de la frialdad que su figura generaba en los círculos políticos. Regresó a Cuba con el propósito de asistir al funeral de su madre, pero su vuelta a Europa, que él deseaba inmediata, se suspende de forma abrupta, sin explicación de por medio, gracias a la intervención del aparato burocrático estatal. Los cuatro meses que pasa en La Habana sin tener idea alguna de su futuro son narrados en *Mapa dibujado por un espía*, texto póstumo en el que, una vez más, hace del recuerdo su mejor herramienta para revivir aquella tierra en donde dejó amigos y amantes, y sobre todo, para consignar su desconsuelo definitivo ante la bandera persecutoria que perfilaba el gobierno revolucionario. Gracias a que ha recibido poco antes el premio Biblioteca Breve, otorgado a una versión previa de la que conoceremos definitivamente como *Tres Tristes Tigres*, es que puede fraguar su salida de la isla, a la que no volverá a visitar más que en las páginas de sus propios libros.

Como dato simbólico y, por tanto, significativo, hay que destacar que no es casualidad, sino causalidad que ya en el exilio plenamente aceptado tradujera *Dublinenses*, de James Joyce —otro desterrado que haría de Dublín su particular Ítaca—, escritor del que, tal vez,

Cabrera Infante retomaría el fervor por habitar la patria perdida mediante la escritura, señalando con inventiva y mordacidad su desencanto e, inevitablemente, también su cariño por aquel horizonte extraviado.

En la misma entrevista citada líneas arriba, este autor dice: “no me perjudica la lejanía de Cuba sino que me beneficia: allí nunca hubiera podido escribir *Tres Tristes Tigres*, ni siquiera en La Habana relativamente libre de 1959. Me hacía falta no sólo la lejanía, sino la convicción de que esa luz de la vela estaba apagada, que solamente por la literatura podría recobrar ese pasado”.

Bajo esta clave, es evidente que su creación se borda alrededor de la ausencia, sus palabras se aglutinan esforzadamente para nombrar dicho vacío, colmarlo acaso, pero todo ese rodeo enaltece aún más lo que pretende cubrir. Conforme escribe y reescribe sus recuerdos, esta carencia se hace más palmaria. Si Ulises es el errabundo personaje que se ve forzado a reencontrarse a lo largo de su viaje, arquetipo del exilio y la búsqueda perpetua; en Cabrera Infante se aúna el fantasma complementario de Penélope, cuya obsesiva laboriosidad permite narrar una historia siempre inacabada y provisional, pues sabe que hasta que ocurra el anhelado regreso no habrá de finalizar su labor. En el escritor se encuentran los rasgos duales de ambas pulsiones, el agotador periplo externo y la interior orfebrería de un relato en perenne construcción.

De manera similar a lo ocurrido con Joyce, el destierro es el requisito indispensable para que Cabrera Infante emprenda la tarea de narrar, de reconstruir, de traer de vuelta una vía de comprender la isla de forma distinta, una crítica que señale todo aquello que en el camino se pervirtió. Es su condición de expatriado la que habrá de permitirle llegar a ser lo que fue, un escritor a tiempo completo, un artífice de delirantes juegos verbales, defensor del placer sobre el deber, de pregonar en todo momento, pese a las vencidas esperanzas, la risa ante la gravedad. Nunca confundió lo serio con



lo circunspecto, pues supo que la idea de veneración era opuesta a la ligereza intrínseca del humor. En definitiva, con su prosa lumínica y lúdica enseñó que no se debe tomar en serio aquello de lo cual no podamos reírnos.

Fue un comprometido, no a la usanza sartreana, más bien a la marxista, pero no a la de Karl sino a la de Groucho y compañía; así su única e insobornable responsabilidad es con la estética, el humor y la palabra. Su tentativa es burlar incluso su propio destino, como cuando en *Delito por bailar el chachachá*, a modo de parodia menciona a un personaje que declara que para convertirse en escritor “hay que abandonar una isla: Joyce, Césaire, el mismo Carpentier chico”. Significativo guiño si se tiene presente que Cabrera Infante no duda en afirmar que su vocación literaria sólo pudo cuajar por completo fuera de Cuba.

La literatura de Cabrera Infante fue escrita por un genio cómico que sabe que la risa más intensa es la nacida del sentido trágico de la existencia. Sus palabras desfilan no bajo una bandera melodramática u oscura, en su lugar hay la sublevación de la carcajada que no deja nada en pie. Él comprende que su testimonio, si quiere ser vivaz, no debe regodearse en el resentimiento; por tal razón, da prueba de que la carne y el amor, el sueño y la risa apuntalan de mejor forma todas las formas de insubordinación.

En *Ada o el ardor*, Vladimir Nabokov juega con un verso del poeta francés Edmond Harcourt hecho canción: “*Partir c’est mourir un peu*” para agregar “*et mourir c’est partir un peu trop*”. Irse es el equivalente a morir un poco y Cabrera Infante, amante de los juegos de palabras, lo admite, pero sabe cómo no perecer al abandonar de la isla. Encontró el camino de confirmar aún más su cubanía y, más importante incluso, de mantener viva a la ciudad que amó y, de paso, a sí mismo mediante sus libros. En ellos habita de cuerpo entero su espíritu lúcido, no menos lúdico, como una divertido fantasma que sigue deambulando por las calles animadas de su recuerdo.

La Habana que perpetuamente habita Guillermo Cabrera Infante está anclada en la luminiscencia de los años cincuenta, el jolgorio de los cabarets y la bulliciosa noche caribeña, es un escenario vibrante cuyas calles y personajes están delineados con el brumoso granulado de una película en blanco y negro. Ahí, a las afueras del Tropicana o el restaurante El Carmelo, vemos a un “hombre chiquito, prieto y que fuma tabacos” concentrado en capturar cada detalle de esa postal eterna que habrá de retratar más adelante con su Smith-Corona, presintiendo que mediante la escritura volverá a ese lugar muchísimas veces. Mientras todo esto ocurre, aguarda ansioso la llegada de alguna ninfa memoriosa que le revele, de nueva cuenta, la inagotable magia del amor, la sensualidad voluptuosa de la carne y, aún más, el insólito fulgor de la añoranza. ■■■